

**DOMINGO III DE ADVIENTO (A)**  
**Homilía del P. Jordi-Agustí Piqué, monje de Montserrat**  
**16 de diciembre de 2007**  
**Is 35, 1-6a. 10 // Jm 5, 7-10 // Mt 11, 2-11**

Queridos hermanos y hermanas Cristo:

Qué alegría respira la profecía de Isaías que hemos oído como primera lectura. La tierra estalla en una sinfonía de luz y de vida ante la manifestación del Señor. La justicia de Dios restituye nueva fuerza a los cansados, a los agobiados, a los que flaquean o vacilan en la espera. Ésta apocalipsis / revelación re-equilibra la naturaleza. Por allí donde pasa el Pueblo que retorna del exilio, el desierto florece con la gloria y el esplendor del Líbano y del Carmelo. El que era cojo, ahora salta; el que era sordo, ahora oye; y los ciegos ven y los mudos llaman de gozo. Para el profeta, la espera confiada se tiene que concretar en hechos, en historia concreta y en actos concretos. Porque lo que ahora es desierto «será camino de los que el Señor habrá rescatado. [...] llegarán la felicidad y la alegría, huirán los lamentos y la tristeza» (Is 35, 9 b. 10b).

En el mismo sentido, Santiago, en la segunda lectura, exhorta a la paciencia, a la espera paciente, poniendo como modelo a los profetas que esperaron incluso en medio de muchas pruebas y sufrimientos. La fe en el único Dios se tiene que traducir en actitudes que muestren la fecundidad de la espera en la venida del Señor. La espera no puede ser inactiva, tiene que empapar la vida y la realidad.

En el Evangelio, la pregunta de Juan Bautista, el profeta que está en la prisión, es punzante: ¿eres tú el que ha de venir o tenemos que *esperar otro*? La respuesta es clara: aquello que anunciaban y prefiguraban los profetas, ahora encuentra cumplimiento. La justicia de Dios encuentra cumplimiento en Jesús que pasa por el desierto de cada hombre y cada mujer. Por allí donde pasa Jesús, los ciegos ven y los muertos resucitan.

Las tres lecturas, hermanos y hermanas, encuentran una ubicación común: la espera y el desierto.

El desierto es el lugar de la nada, del sin sentido, del sufrimiento, de lo imprevisto; pero también es el lugar de la confianza sin límite. Sólo el paso de Dios da sentido a este desierto, a esta espera.

Nuestro tiempo es para nosotros, para nuestro mundo, un lugar que se parece más al desierto que al jardín de la justicia. Nuestros tiempos son tiempos de desierto, tiempos de espera.

En este desierto, la alegría que nos hace cantar la liturgia no es una cosa artificial, aunque pueda causar perplejidad si uno abre los ojos a la realidad que nos rodea. Es, sin duda, tiempo de espera. No es tiempo ni de evasión ni de lamentación. Es tiempo de alegría, porque nuestro desierto, el de todos y el de cada uno, es -los cristianos lo creemos firmemente-, tiempo y espacio de Dios.

Nosotros podríamos re-formular así la pregunta de Juan: ¿eres tú Jesús quien nos revela el rostro de Dios que restablece toda justicia? Nuestro mundo, nuestra cultura, siempre esperan a "*otro*": otro salvador, otro héroe, otro *star*, otro político u otra moda. También en nuestro interior experimentamos esta desazón. Nuestra espera a menudo se convierte en incertidumbre. ¿Eres tú, Jesús, el que tiene que venir? ¿En quién

puede esperar quien no te conoce, quien te rechaza, quien no encuentra tu rostro por culpa de nuestra tibieza como cristianos?

Nosotros, hermanos y hermanas, sin ninguna pretensión de falsa seguridad, sabemos que "el esperado de las naciones" es Jesús, Cristo. En él se cumple la espera de Israel. En Él, en Jesús, se cumple la justicia de Dios. Él, que era Dios, se hizo uno como nosotros; Él, que esperó contra toda esperanza, cumple toda expectativa. Pero, ¿cómo *decir*, cómo proclamar su nombre en medio de nuestros desiertos, en medio de tanto orgullo autosuficiente, en medio del odio, en medio de la desconfianza, de la duda, del dolor, del desencanto?

Sólo cuando compartimos los dolores, las penas y las pequeñas alegrías de nuestro prójimo, sabemos que Jesús es nuestro Dios, el Dios con nosotros. Sólo entonces puede ser Adviento; sólo entonces nuestro tiempo rebosará de justicia y de amor. Será el tiempo que hará abrir el cielo y dejará caer el rocío de la justicia y el bien de la paz. No es una quimera ni sólo un deseo bonito: es el *ahora* del nuestro *hoy* que sólo en Jesucristo encuentra todo el sentido y que hace fructífera nuestra esperanza.

Hoy la liturgia nos anticipa la auténtica alegría de la Navidad. Nuestro altar adornado con flores, música, colores e incienso, es icono de Cristo que pasa en medio de nosotros y hace florecer el desierto. Tan sólo si abrimos el corazón, como lo hace un niño, no para lamentarnos de los males de nuestro tiempo, sino para exultar de gozo delante del Dios que está con nosotros, comprenderemos que Cristo culmina la historia y ésta se convierte en historia de salvación para cada ser humano. Entonces nosotros también seremos *Adviento* y haremos reflorar el desierto.

Hermanos y hermanas, con alegría santa alabemos a Cristo, Señor del tiempo y de nuestra pequeña historia, que nos viene a encontrar en cada acontecimiento y en cada persona, en cada eucaristía, Él, encarnado por obra del Espíritu Santo, designio de amor de Padre, Dios con nosotros, por los siglos de los siglos. Amén.